
Percibir, comprender y sentir. La accesibilidad de los sitios paleolíticos

Gonzalo Ruiz Zapatero¹



Recibido: 28-12-2012

Aceptado: 15-01-2013

Cenizas
ya sin rescoldo alguno.
Final de la consumación.
Nada es la llama
que alumbró,
el ardor que da vida
a la voz y a la imagen.
Todo se extingue
y disipa
la embriaguez del instante.

(J. GOYTISOLO (2012). *Ardores, cenizas, desmemoria*. Madrid: Salto de Página, 11)

Resumen

El ensayo presenta una síntesis sobre los modelos de presentación pública de sitios paleolíticos. A lo largo del texto, son abordadas diversas cuestiones considerando los destinatarios de los yacimientos arqueológicos y presentando una reflexión sobre los criterios que definen la accesibilidad integral (física y mental) de los sitios. En el cuerpo central, analiza el proceso que lleva de la excavación a las (re)presentaciones de los sitios, explorando la idea de la intervención arqueológica como apocatástasis histórica (regresión al origen) y la función de algunos yacimientos como «lugares de memoria». La última cuestión gira en torno a los valores de los sitios paleolíticos que, en definitiva, son los que justifican plenamente las (re)presentaciones que de ellos se realizan.

Palabras clave: acceso público; historiografía; (re)presentación; musealización; paleolítico.

Resum. Percebre, comprendre i sentir. L'accessibilitat dels jaciments paleolítics

Aquest assaig presenta una síntesi dels models de presentació pública dels jaciments paleolítics. Al llarg del text, són abordades diverses qüestions considerant els destinataris dels jaciments arqueològics i presentant una reflexió sobre els criteris que en defineixen l'accessibilitat integral (física i mental). Al cos central, s'hi analitza el procés que porta des de l'excavació fins a la (re) presentació dels jaciments explorant la idea de la intervenció arqueològica com a apocatàstasi

1. Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid. gonzalor@ghis.ucm.es

històrica (regressió a l'origen) i la funció d'alguns jaciments com a «paratges de la memòria». La darrera qüestió gira entorn dels valors dels jaciments paleolítics que, en definitiva, són els que justifiquen plenament les (re)presentacions que se'n realitzen.

Paraules clau: accés públic, historiografia, (re)presentació, museïtzació, paleolític.

Abstract. Perceive, understand and feel: The accessibility of Paleolithic sites

This essay presents a summary of the extant public presentation's models of Palaeolithic sites. Diverse issues considering the intended public and providing a discussion about the criteria that define the comprehensive accessibility (physical and mental) to the Palaeolithic sites have been tackled. It is also analysed the process comprised from excavation to site representation, while exploring the idea of archaeological intervention understood as a «return to the origin» and site function as «memorial spaces». At last, the value of Palaeolithic sites, which justifies the representations made on them, has been considered.

Keywords: public access; historiography; representation; musealization; Palaeolithic.

RUIZ ZAPATERO, Gonzalo. «Percibir, comprender y sentir. La accesibilidad de los sitios paleolíticos». *Treballs d'Arqueologia*, 2013, núm. 19, p. 7-25.

1. Introducción

Los versos de Juan Goytisolo, extraídos de su poema *Cenizas*, muestran «el final de la consumación», cómo todo se extingue y se disipa. Y resulta tentador relacionarlos con el final de un sitio arqueológico, que también tiene un final, una consumación. Y así como una imagen del pasado en una vida que va llegando a su fin puede llegar a impugnar el tiempo y hacer que alguien recobre su plenitud (García Jambrina, 2013), la excavación de un yacimiento, recuperando parte de la vida de la gente que allí vivió, también puede impugnar el tiempo y hacer que recobremos un fragmento de historia, por minúsculo que sea. Y para dar mayor credibilidad a ese vislumbamiento, para que no todo se extinga y se disipe, la (re)presentación de los sitios del paleolítico intenta hacer más real nuestro conocimiento terriblemente

fragmentario del pasado más remoto. Es una manera de luchar contra el hecho de que todo está condenado al olvido (en palabras de Goytisolo: «Fechas, lugares, nombres, / borrados sin piedad»), condenado a la desmemoria.

Este ensayo aborda, muy brevemente, cuatro cuestiones centrales sobre la presentación pública de sitios paleolíticos. Primera, una consideración sobre el hecho de que sin públicos no hay destinatario de ningún yacimiento arqueológico y que, para presentar sitios, es necesario conocer a esos públicos. Segunda, una reflexión sobre los criterios que definen la accesibilidad integral (física y mental) de los sitios y como se puede mejorar, pues sus especiales características los convierten en lugares arqueológicos muy particulares. Tercera, que es la más ampliamente desarrollada, un discurso sobre el proceso que lleva de la excavación a las (re)presentaciones de

los sitios, explorando la idea de la intervención arqueológica como apocatástasis histórica (regresión al origen) y la función de algunos yacimientos como «lugares de memoria». Se discuten, además, los distintos tipos que existen y se dan algunos ejemplos concretos de ellos. La última cuestión gira en torno a los valores de los sitios paleolíticos que, en definitiva, son los que justifican plenamente las (re)presentaciones que de ellos se realizan.

2. Los públicos de la arqueología y los yacimientos arqueológicos

Los arqueólogos somos mediadores entre la gente del pasado que estudiamos y la del presente y la del futuro a través de los conocimientos históricos que producimos. Por eso, en principio, deberíamos tener mucho interés por las personas de todos los tiempos. La realidad no ha sido así. Hemos ignorado, en gran medida, a la sociedad, porque nos hemos empeñado mucho en dirigirnos sólo a nuestros propios colegas.

El conocimiento de las audiencias, de los públicos, exige, en primer lugar, admitir el error común de creer que existe lo que hemos llamado el «público general». No hay un público general, sino que siempre tratamos con distintos públicos, que, a su vez, tienen diferentes capacidades, distintos intereses y una gran diversidad de posibilidades de acceder al pasado. Una manera de contemplar esa diversidad es el modelo que he propuesto de la imagen metafórica de una pirámide egipcia, en la que se distribuyen diferentes categorías de audiencias con diferentes capacidades de valoración del patrimonio histórico y arqueológico (Ruiz Zapatero 2012: 34-36 y fig.2).

El reconocimiento de la pluralidad de públicos es absolutamente esencial para una divulgación eficaz. Aunque es cierto que, en ciencia, es muy reciente la exploración de las «comprensiones científicas de los públicos» por parte de los científicos, contamos con algunas aportaciones verdaderamente importantes (Nieto-Galán, 2011). Eso exige superar la fórmula dominante de la «comunicación de una única dirección» y buscar fórmulas más complejas que supongan la implicación de las audiencias a través de la diversidad, la flexibilidad y la activación de distintos niveles divulgativos (Davies, 2008). En definitiva, como bien dice Nieto-Galán (2011: 315), la divulgación científica no debe ser considerada

[...] como una actividad periférica o marginal respecto al conocimiento científico, no como algo inferior, sino como una función más, plenamente integrada en todos los niveles en la práctica científica cotidiana, ubicada en primera línea de la batalla por la hegemonía, la autoridad y el poder.

Considerar la diversidad de públicos, estudiar sus ideas, creencias y conocimientos es considerar mejor la arqueología, es pensar en los destinatarios del conocimiento que producimos, es comprobar que las líneas que separan a expertos de profanos son difusas y, en definitiva, es repensar el sentido de lo que supone estudiar el pasado (figura 1). Las distintas audiencias nos deben enriquecer con sus percepciones e inquietudes, porque nos ayudan a conformar los cauces para hacer una arqueología que interese, llegue y sea útil a todos los ciudadanos. Y, sobre todo, para divulgar el pasado, debemos tener muy presente que todos los arqueólogos

podemos aprender mucho de todos nuestros públicos. Además, con esta nueva actitud, podemos dignificar a todos los públicos de la arqueología sin distinciones (Nieto-Galán, 2011: 317).

Los diversos públicos que no son especialistas en la materia sienten, sin duda, una gran atracción por el origen de la humanidad. Los homínidos del remoto paleolítico, las raíces de lo que constituye la esencia de nuestra condición humana ejercen un gran atractivo que sólo puede evaluarse de forma aproximada a través de distintos indicadores. Por un lado, las pocas encuestas a gran escala que exploran las percepciones y las actitudes de la ciudadanía en países occidentales y, por otro,

por el éxito de diversas formas de presentar el paleolítico a amplias audiencias en esos mismos países.

En cuanto a las encuestas, la mayor que se ha realizado jamás se hizo en los Estados Unidos de América. Se trata del Informe Harris (Ramos y Duganne, 2000), que revela, entre otros muchos datos, que el 88% de los estadounidenses ha visitado museos, el 37% ha hecho lo mismo con yacimientos arqueológicos y el 11% ha participado en actos y en eventos relacionados con la arqueología. En Francia, una encuesta nacional del INRAP (Institut National de Recherches Archéologiques Préventives) ha demostrado, por una parte, que el 20% se declara interesa-



Figura 1. La pirámide de públicos de la arqueología y su grado de atracción y capacidad de valoración de los sitios arqueológicos (según Ruiz Zapatero, 2012).

do por la arqueología con un gran interés por las excavaciones y los hallazgos de sus regiones, han visitado yacimientos y han asistido a jornadas de puertas abiertas y, por otra parte, que el 15% ha visitado, al menos, un yacimiento arqueológico en el último año (De Sars y Cambe, 2011). En el caso de Francia, los yacimientos paleolíticos —especialmente las cuevas con arte— figuran entre los más atrayentes para el *Homo touristicus* del siglo XXI, con cifras de visitantes muy elevadas. La reproducción Lascaux II, abierta en 1983, tiene más de un cuarto de millón de visitantes por año y es la mayor atracción turística de la Dordoña.

En el caso de Francia, el interés popular por el paleolítico ha generado toda una gama de formas exitosas de presentar el pasado remoto, desde parques y centros que alivian la presión turística sobre las cuevas como el Prehistoparc, Le Thot, el Parc de la Préhistoire o el Paleosite, hasta talleres de talla lítica, concursos de lanzamiento de jabalina y otras actividades destinadas al gran público, especialmente en los meses de verano. Por otro lado, crecen continuamente las publicaciones de todo tipo, monográficas de revistas de historia y arqueología, guías, libros infantiles y juveniles y cómics, también documentales y películas en DVD, reproducciones de piezas y todo un arsenal de promoción comercial que ocupa espacios cada vez mayores en museos, centros, parques, librerías y otros puntos de concentración turística.

En resumen, en la actualidad, las encuestas y la proliferación de formas de divulgación del paleolítico demuestran que existen públicos, cada vez más numerosos, ávidos de conocer, experimentar, sentir y disfrutar con el pasado paleolítico. Hay un fuerte interés social —al menos

en países como Francia y otros países europeos— por la prehistoria antigua, y es en ese contexto donde se debe situar y analizar el fenómeno de la presentación pública de yacimientos paleolíticos.

3. ¿Qué es la accesibilidad de los sitios paleolíticos?

La accesibilidad de los yacimientos paleolíticos, sin duda una clase muy especial del amplio elenco de tipos de yacimientos arqueológicos, la defino como el grado de facilidad —para los públicos que no son profesionales— de poder ver, percibir, comprender y evocar la forma, la funcionalidad y la significación histórica de un sitio excavado. De alguna manera, en definitiva, se trata de acceder a las *micro-historias* o narrativas que encierran los yacimientos. Otra cosa es la pura accesibilidad física, por las condiciones duras en muchos casos que precisan actuaciones para incluir a las personas con desventajas físicas, psíquicas o sensoriales (Pezzo, 2010).

Aceptando esa definición, la accesibilidad viene determinada por dos componentes básicos: por un lado, la naturaleza y las características específicas de los sitios y sus registros arqueológicos y, por otro lado, los medios y los recursos empleados para lograr los objetivos de ver, percibir, comprender y evocar.

La naturaleza y las características específicas de los sitios se refieren, a su vez, a dos elementos claramente diferenciados. Primero, lo que denomino la *perceptibilidad de los restos arqueológicos*, esto es, su capacidad de visualización, de ser vistos de forma comprensiva por los distintos públicos. Porque, en definitiva, esa perceptibilidad —teóricamente, con

valores entre 0 y 10 (0 = perceptibilidad nula y 10 = perceptibilidad total)— es un excelente indicador de la potencialidad del yacimiento para poder ser presentado y visitado de forma accesible.

En segundo lugar, la perceptibilidad del medio natural o físico que rodea al yacimiento, es decir, la potencialidad del entorno ambiental para «envolver», complementar y actuar como trasfondo adecuado a las *microhistorias* encapsuladas en el sitio. Esa perceptibilidad del medio también puede gradarse con valores entre 0 (nula) y 10 (muy buena). Así, un entorno muy antropizado se acercará al 0 y, por el contrario, un medio muy poco antropizado, con paisajes naturales y atractivos, a veces incluso con elementos que pueden enlazar medioambientalmente con paisajes de época paleolítica, alcanzará un valor alto. Es verdad que la perceptibilidad del medio no es imprescindible para la accesibilidad de un yacimiento paleolítico,

pero, sin duda alguna, representa un valor añadido que, en cierto modo, refuerza los valores de un sitio con buena perceptibilidad. Y esto es así en la medida en que los componentes del medio físico ayuden a ver, percibir, comprender y evocar el discurso del yacimiento arqueológico. Una ruta campestre, agradable, sin interferencias «modernas» antes de llegar al sitio supone, sin duda, una puesta en escena, un pequeño viaje *iniciático*, con una poderosa capacidad evocadora y sensorial para meterse posteriormente en las historias arcanas que presente el yacimiento.

Si cruzamos los dos ejes de perceptibilidad, la del sitio y la del medio que lo rodea, en una matriz, se pueden establecer distintas categorías de sitios paleolíticos con diferentes grados de interés para su presentación pública (figura 2). Indudablemente, la mejor categoría (A) es la formada por aquellos que tienen la puntuación más alta en ambos ejes y los más próximos (B). Potencialmente, son los que reúnen las mejores condiciones para una buena presentación pública. Un caso especial es el de sitios con buena perceptibilidad de restos, pero mala o escasa perceptibilidad ambiental (C), pues el primer valor puede ser determinante para elegirlos a pesar de las limitaciones medioambientales. Otras gradaciones con valores inferiores (D y E) constituyen casos, en principio, con más limitaciones. Y, por último, se debería convenir que yacimientos con puntuaciones bajas y muy bajas en los dos parámetros no tienen oportunidades para su presentación pública, salvo que concurra alguna circunstancia distinta que proporcione algún valor añadido.

De todas formas, cuando se habla de accesibilidad de un yacimiento arqueológico, hay otras variables externas que, razonablemente, deberían tenerse en

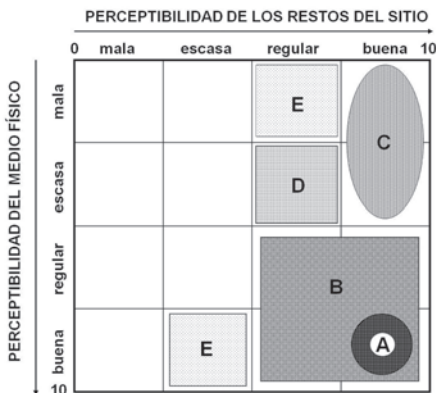


Figura 2. Matriz de perceptibilidades de los restos de sitio y del medio físico que configura distintas categorías de sitios con diferentes valores para su presentación pública.

cuenta. No basta tener buenas condiciones del sitio y del medio ambiente, es preciso analizar dos cuestiones fundamentales: primero, el entorno demográfico, social y económico de la comarca o región y, segundo, la comunicabilidad del sitio, esto es, la facilidad de acceso por medios de transporte y el volumen potencial de viajeros de las vías de acceso. Eso significa que las distancias del sitio a carreteras, autovías y autopistas y/o líneas de ferrocarril y el flujo anual de viajeros son factores muy importantes. Pero también es cierto que el modelo de sitio que ejerce una atracción de masas, tipo Atapuerca, no tiene porque ser el único, es decir, con imaginación, ajustando recursos y buenos sistemas de mantenimiento, sitios menos espectaculares que atraigan un número de visitantes limitado pueden desempeñar un papel importante en ciertas áreas.

4. La arqueología como apocatástasis: del *vaciado* a la *representación* del yacimiento

La concepción generalizada en arqueología es que la excavación destruye el registro y sólo la documentación del mismo y la publicación, de alguna manera, restituyen o *recrean* el sitio excavado. Y en los yacimientos paleolíticos, con poca o ninguna estructura conservable, esa destrucción se me antoja todavía más grave. En realidad, si se examina con más detenimiento el tema, como ha hecho recientemente Lucas (2012), esa visión puede matizarse mucho y su análisis resulta relevante para la cuestión que tratamos.

Como señala Lucas (2012: 234 s.), la excavación arqueológica es un proceso dual de *desagregación* y *agrupación*. La desagregación se produce por actos

de circunscripción y separación —se delimitan, se documentan y se retiran objetos y muestras— para generar el archivo que está compuesto básicamente de fichas de excavación, dibujos (mapas, planimetrías y secciones), fotografías y vídeos, hallazgos y muestras. Pero, paralelamente, la excavación es un proceso de agrupamiento en la medida que construye el archivo (figura 3). Se desagrega el registro arqueológico original, pero, de alguna forma, se (re)agrupa en los distintos formatos del archivo. Al finalizar la excavación, todo gira ya en torno al archivo, que pretende ser considerado como una *copia* de la materialidad encontrada. Es como si el archivo fuera igual al sitio original antes de la intervención arqueológica. En todo caso, esa idea del archivo (Zimmerman, 2003) como equivalente al sitio arqueológico presenta dos problemas (Lucas, 2012: 237 s.): primero, no es, no puede ser, como el sitio original, es algo secundario, deficiente, en la medida en que es inevitablemente incompleto, y, segundo, existen diferencias notables de representación entre la naturaleza real del registro y la documentación del archivo (por ejemplo: entre los suelos o los objetos y su representación en descripciones, dibujos y fotografías). Quizás, como argumenta Lucas, la noción del archivo como representación o copia no es la más acertada y los problemas señalados se pueden salvar si lo consideramos más como *traducción* o *transferencia* , traducción del registro del sitio. Pero, además, es una traducción intersemiótica, ya que opera con distintas categorías de signos (algo así como adaptar el texto de una novela a un guión de película). Traducción en la que, evidentemente, priman los componentes visuales, como no puede ser de

otra manera, al tratar con estructuras, estratos, huesos, instrumentos líticos y otros componentes parecidos.

En resumen, el archivo prefigura o constituye la naturaleza del trabajo de campo. Y cualquier excavación es muy ambivalente, porque el archivo no sólo se genera a partir del trabajo de campo, sino que también constituye simultáneamente la naturaleza del proceso de excavación como una clase peculiar de implicación material (Lucas, 2012: 244).

Una vez que, finalizada la excavación, el archivo existe como un agrupamiento independiente, el discurso gira a su alrededor (por ejemplo: en torno a planos, fotografías, dibujos, estadísticas, etc.) y no alrededor del sitio. En definitiva, el discurso arqueológico es, fundamentalmente, sobre la *copia* o la *traducción*, no sobre el

yacimiento arqueológico original, como bien señala Lucas (2012: 244).

Pero, volvamos al yacimiento excavado y ya *desatendido* por los arqueólogos, porque su trabajo seguirá con el archivo. En la mayoría de los casos de sitios paleolíticos, lo que queda del sitio excavado es mínimo. Muchos yacimientos quedan literalmente *vacíos*. Eliminados los estratos y recogidos objetos y muestras, no queda sino el suelo geológico y la pura espacialidad que contuvo el registro de ese sitio. En otros casos, pueden quedar algunas huellas de estructuras (agujeros de poste, hoyos de almacenaje, estructuras de combustión, etc.) que difícilmente pueden decir algo si se dejan tal y como se descubrieron en la excavación. Casos especiales son las cabañas del paleolítico medio y superior en las estepas del este

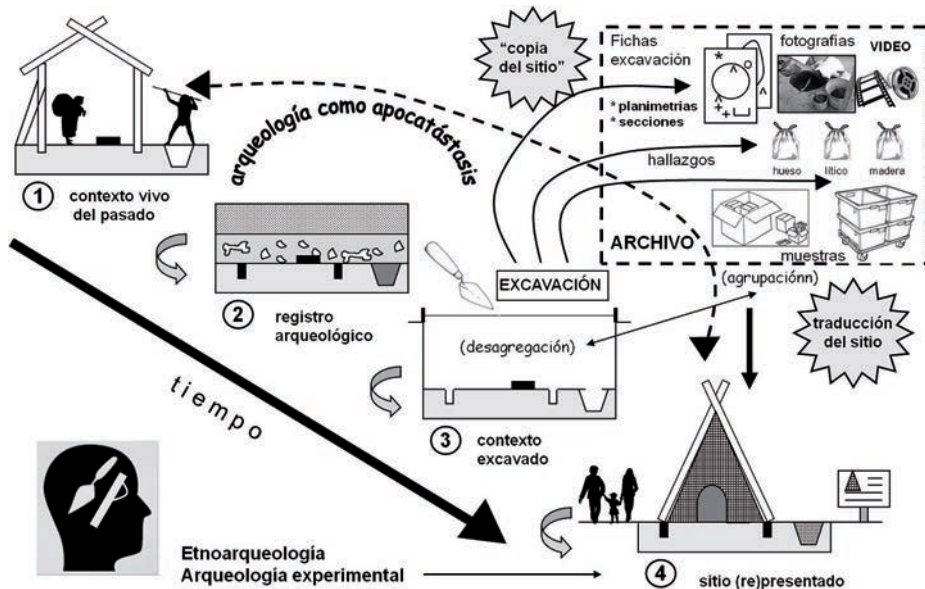


Figura 3. Del contexto vivo del pasado a la (re)presentación pública del sitio arqueológico: la intervención arqueológica como apocatástasis histórica.

de Europa y áreas del sur de Ucrania y Rusia, que permiten, gracias a su excepcional conservación en el *loess*, una visualización tan clara y expresiva que sólo se tienen que proteger físicamente los restos como hace el museo del sitio de Kostienki (Rusia). La inmensa mayoría de casos no permite una presentación pública permanente y fácilmente interpretable. Por otro lado, no debemos olvidar que, desde el inicio de los trabajos de excavación, hay un proceso de *textualización* —el registro se va desmontando y traduciendo a textos e imágenes— que culmina con la publicación. Pero los yacimientos quedan, en cierto modo, amortizados y abandonados una vez se les ha extraído la información histórica.

Ese punto de abandono, *muerte total*, de los yacimientos ayuda a comprender los intentos de representarlos. Y eso tiene algo que ver con el deseo de ampliar la *textualización* y las imágenes en dos dimensiones (dibujos y fotografías), de ir más allá de la publicación, la traducción intersemántica a la que han quedado constreñidos. De alguna manera, los intentos de presentar supuestos estados originales de los sitios arqueológicos intentan cerrar la incompletud derivada de la diferencia entre el archivo o la publicación y el sitio original. Al (re)presentar un yacimiento con la apariencia física de lo que pudo ser (nunca de lo que fue), se realiza esa ampliación. En ese sentido, las representaciones de sitios arqueológicos intentan cerrar el bucle iniciado en la excavación y van más allá: buscan el contexto vivo del pasado —el sitio habitado en el pasado—, en una apocatástasis (la apocatástasis es la restitución al punto de partida primitivo que, según Orígenes, tiene lugar al final de los tiempos). Así, la intervención arqueológica cabe ser conceptualizada

como un intento de situar el yacimiento en su posición primitiva, original. Walter Benjamín (1982: 573) afirmó que «todo pasado debe ser introducido en el presente en una “apocatástasis histórica”». Pero esa visión de la arqueología como apocatástasis, como regresión, tiene que reconocer que es un intento imposible, en la medida en que se intenta acceder a un punto que no ha sido vivido (Agamben, 2010: 138). No puede ser, así, una regresión «[...] hacia un origen que permanece indestructible, sino —por el contrario— hacia el punto en el cual, según la temporalidad del futuro anterior, la historia se hace por primera vez accesible» (Agamben, 2010: 144). La apocatástasis arqueológica sólo puede ser aproximada, no hay un «momento original» en el que representar un sitio excavado, porque el contexto vivo del pasado tiene historicidad, nunca fue algo estático, sino fluido, tuvo un proceso histórico cuya segmentación, hoy por hoy, queda fuera de las posibilidades de resolución cronológica de nuestros métodos para establecer la temporalidad del pasado. Por eso, cualquier (re)presentación del pasado de un sitio es una apocatástasis genérica, probatoria, en el fondo, un intento, en cierto modo grosero, de apresar esa imposible restitución al origen. Pero la representación física de los sitios excavados, por más que *aparente*, imprecisa y necesariamente *imaginada*, tiene la ventaja de ofrecer una interpretación concreta, visual y accesible al que no es especialista en la materia. En cierto modo, es un trampantojo intelectual, porque es una representación que, rigurosamente hablando, no puede ser cierta (en el sentido absoluto de «esto fue así»), pero tiene la poderosa fuerza visual de hacer creer plausiblemente que «así pudo ser». Y, ahí, la empatía de los visitantes con



Figura 4. Yacimientos paleolíticos como «lugares de memoria» (varios autores).

el sitio y su microhistoria tiene mucho campo para crecer.

Otra idea interesante para explorar es la constatación de que buena parte de los yacimientos paleolíticos más famosos —que, como hemos visto, una vez excavados, quedan *vacíos*— se exhiben como «lugares de memoria» (Nora, 1984-1992). Y precisamente por esa vacuidad en la que quedan tras la intervención arqueológica, su presentación al público se realiza a través de placas conmemorativas, por ejemplo: Olduvai yacimiento Zinjantropus, ZhouKoudian y el abrigo de Cro-Magnon (figura 4) o de esculturas de homínidos que *habitan* esos espacios vacíos (Krapina). Constituyen auténticos «lieux de mémoire», según el concepto

acuñado por Pierre Nora, en la medida en que asocian una realidad (pre)histórica —los yacimientos excavados— y otra simbólica, la intangible de estar ante un sitio cargado de connotaciones por ser cuna de hallazgos muy relevantes para comprender la prehistoria de la humanidad. De alguna forma, es una noción abstracta, simbólica, que intenta desentrañar, rememorar algo material: los sitios donde se descubrieron hitos fundamentales de la evolución humana. En este sentido, es cierto que, así entendidos, los yacimientos paleolíticos están desprovistos del componente nacionalista de la construcción original de Nora, pero, por el contrario, adquieren el más noble de revestirse de un componente internacional, porque son verdaderos *locus*

memoriae dirigidos a todos los ciudadanos del mundo.

Los sitios paleolíticos «lugares de memoria» que tienen la dimensión material —aunque sea casi sólo topográfica y como *contenedor* de un registro arqueológico ya removido total o parcialmente— y la simbólica, por haber entregado restos que han fijado conocimientos importantes, añaden también un tercer componente, el emotivo o emocional, que, de alguna manera, traslada al visitante un mensaje del estilo: «Vd. tiene el privilegio de estar en Olduvai y hace 1,8 millones de años sus lejanos antepasados vivieron aquí mismo ¿No resulta excitante?». Espacio (yacimiento), simbolismo (conocimiento generado) y emotividad (percepción íntima de «pisar» el pasado) se conjugan para moldear unos auténticos «lieux de mémoire». Lugares de memoria del pasado más remoto de la humanidad repartidos por todos los continentes.

Un caso que guarda algún parecido con los de los yacimientos paleolíticos *vaciados* es el del Franklin Court (Filadelfia, EE. UU.). Se trata de una *reconstrucción* imaginativa de la residencia de Benjamin Franklin (1706-1790), consistente en: 1) una estructura «fantasma» realizada a base de grandes tubos blancos que dibujan la forma de la vivienda a partir de la superficie «limpia» donde existió la casa derruida poco después de su muerte, 2) un jardín anexo y 3) unos espacios museísticos interpretativos en planta subterránea sobre la residencia (Matero, 2010). En este caso, no queda nada de las estructuras originales, pero sí la constancia del espacio concreto donde se levantó (figura 5). Para convertirlo en un «lugar de memoria», hacía falta rescatar el espacio físico —algo conseguido con la reconstrucción «fantasma» que visualiza

los volúmenes originales—, para así tener, de alguna manera, la materialidad del edificio desaparecido y dotarlo de significado histórico mediante la *musealización* del sótano: un monumento cargado del simbolismo por ser la residencia del americano más polifacético, más famoso de su época y uno de los padres fundadores de los Estados Unidos de América.

En cierto modo, los yacimientos paleolíticos resultan comparables y sus presentaciones no dejan de ser, como veremos, distintas fórmulas de reconstrucciones imaginativas. El caso de Neander —el famoso yacimiento alemán que dio nombre a Neandertal— es muy parecido, ya que la cueva descubierta en 1856 desapareció por la actividad de canteras y en 1997-2000 se redescubrió la ubicación original. Pero, allí, un equipo de arquitectos paisajistas ha creado un jardín arqueológico con bloques de construcción, cruces de piedra, un eje del tiempo, alineaciones de grandes jalones, áreas botánicas con especies de finales del pleistoceno y un audio que narra la historia del valle desde la edad de piedra hasta la actualidad (<http://www.neanderthal.de/en/museum-valley/in-the-valley/discovery-site/index.html>). De alguna manera, los visitantes logran experimentar el sitio con todos los sentidos. Se visita un espacio, un *topos*, que realmente no existe como sitio paleolítico, sino como «lugar de memoria», recreado sobre un yacimiento desaparecido.

Desde la perspectiva de presentación al público de sitios paleolíticos, se puede considerar una tipología básica de yacimientos con una gradación clara de atractivos diferenciados (figura 6). En un primer nivel, estarían los tipos 1, cuevas con manifestaciones gráficas, y 2, abrigos con grafismo. En un segundo nivel, el tipo 3 estaría integrado por ocupaciones

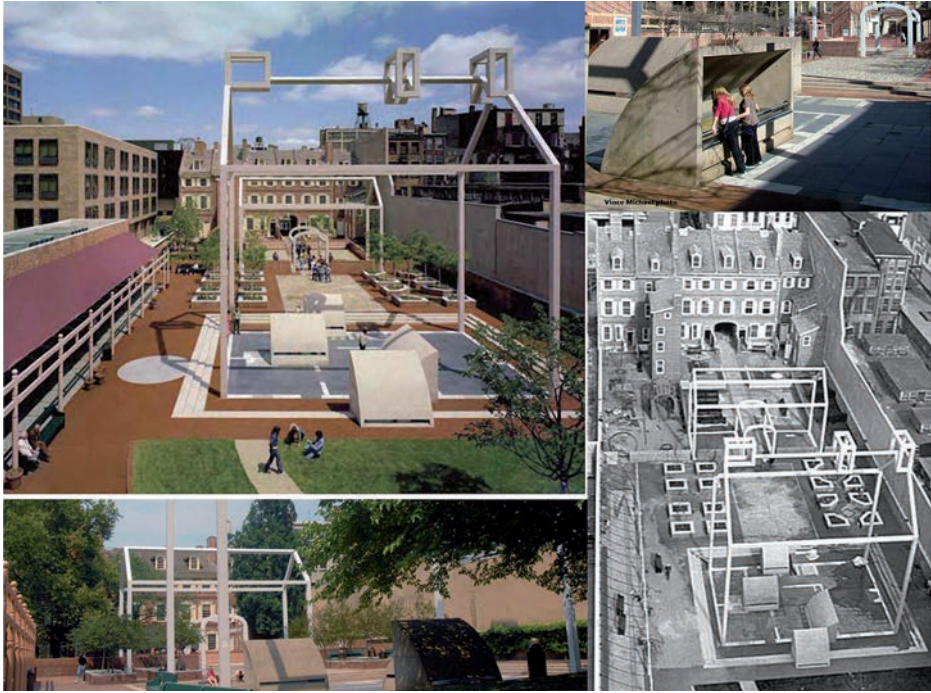


Figura 5. Varias vistas de la estructura fantasma de la residencia desaparecida de Benjamín Franklin en Filadelfia (EE. UU.) (Matero, 2010).

al aire libre con restos in situ; el tipo 4 serían cuevas o abrigos con restos interpretables y visitables, y el tipo 5, ocupaciones de cuevas o abrigos sin restos visitables o interpretables. Por último, el tipo 6 lo constituirían las ocupaciones al aire libre sin restos in situ. Lógicamente, son los tipos 1 y 2 los que resultan más atractivos. Varían su interés en función de la excepcionalidad del «arte» que contengan. Visitar cuevas y abrigos con figuraciones pintadas, grabadas o esculpidas resulta muy atrayente, y este tipo de sitios permite realizar instalaciones que, regulando el número de visitantes, pueden complementarse con centros interpretativos. El

tipo 3, ocupaciones al aire libre con posibilidad de presentar reconstrucciones de estructuras de cabañas, hogares, zonas de talla, descuartizamiento de animales, etc., es de presentación factible, pero, desde luego, son muy pocos los sitios con estos elementos y difícil su presentación in situ al descubierto y sin estructuras protectoras. El tipo 4, ocupaciones de cuevas y abrigos con restos de estructuras y áreas funcionales, es posiblemente el más deseable. Desde un punto de vista práctico, es el que mejor permite reconstrucciones, recrea una atmósfera sugerente, puede añadir exposiciones interpretativas anexas y permite realizar un control más seguro

y eficaz del flujo de visitantes. Los tipos 5 y 6, por razones obvias, resultan poco o nada atractivos para una presentación pública rigurosa y atrayente.

En nuestro país, contamos con pocos estudios que arrojen luz sobre como se presentan los yacimientos arqueológicos (Ruiz Zapatero, 1998) —con o sin centros de interpretación—, frente a la tradición anglosajona (Copeland, 2004; Jameson, 1997; Silberman et al., 2004; Stone y Planel, 2012; Timoney, 2009). De hecho, estamos en la fase —imprescindible, eso sí— de las primeras tesis doctorales sobre el tema, desde una perspectiva de prehistoria tardía (Masriera, 2007), regional (Mansilla, 2004) o general (Martín Piñol, 2011), pero no hay nada monográfico sobre sitios paleolíticos al modo como van apareciendo estudios en otros países de nuestro entorno como Italia (Gioia, 2012).

Los tipos 1 y 2 cuentan con numerosos ejemplos bien conocidos. Quizás los más espectaculares sean Lascaux y Altamira, con una capacidad de atracción tan alta que ha sido necesario construir reproducciones de gran calidad para per-

mitir un turismo arqueológico importante. Es el caso de Lascaux II (<http://www.lascaux.culture.fr/?lng=en#/en/00.xml>) y la Neocueva de Altamira (http://museo-dealtamira.mcu.es/El_Museo/neocueva.html), que, por un lado, captan un turismo casi de masas y, por otro, protegen las cuevas originales, puesto que reducen las visitas al mínimo. Otro ejemplo es el gran santuario paleolítico al aire libre de Foz Coa en Portugal (Zilhão, 2000), que ha sido modélicamente protegido como parque arqueológico, con visitas guiadas y reducidas y centros de acogida e interpretación (<http://www.arte-coa.pt>). El turismo «paleolítico» de regiones emblemáticas como la Dordoña, el área cantábrica y los Pirineos franceses ha resultado tan intenso que han surgido multitud de reproducciones y parques que canalizan a muchos visitantes. El PrehistoParc (<http://www.prehistoparc.fr/>) y Le Thot (<http://www.semitour.com/pages.php?p=LeThot>), el Parque de la Prehistoria de Teverga (Asturias) (www.parquedelaprehistoria.es/) o el Parc de la Préhistoire (<http://www.sesta.fr/fr/parc-de-la-prehistoire/detail/6/pre>

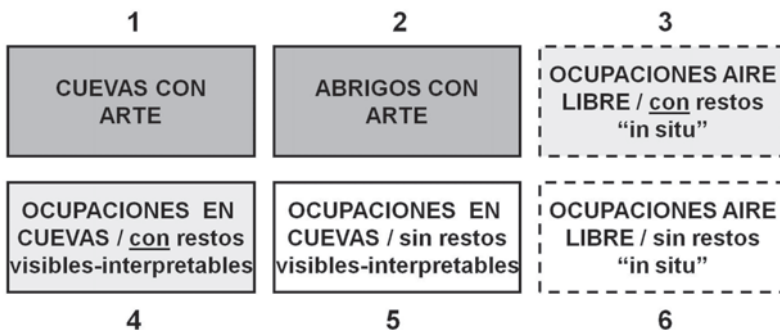


Figura 6. Tipología simplificada de yacimientos paleolíticos y potencialidades para su presentación pública.

sentation-3), en cada una de las regiones señaladas, son buenos ejemplos del crecimiento de este tipo de alternativa.

5. Los valores de los yacimientos paleolíticos y su presentación pública

Las razones para conservar y presentar yacimientos arqueológicos son, en mi opinión, básicamente cuatro. La primera es la obligación de conservar los restos arqueológicos para futuras generaciones como archivo de la historia en la Tierra de toda la humanidad, archivo de la historia común en forma de materialidad social. La segunda es porque constituye la forma más auténtica, más directa y más completa de acceso de los públicos al pasado material de las sociedades humanas. La tercera es la capacidad de crear conciencia sobre la importancia del patrimonio arqueológico, todo, no sólo el monumental, en la medida en que, a través del conocimiento, se pase al respeto y aún a la propia implicación ciudadana en su defensa. Se valora y se protege lo que se conoce. La última razón puede parecer menos importante, pero pienso que tiene también un gran valor, y es la posibilidad de conocer a los públicos y aprender de ellos en sus respuestas, reacciones y valoraciones a la presentación de yacimientos arqueológicos, porque sólo de esa manera se podrán mejorar las estrategias y los métodos de presentar el pasado de una forma rigurosa, pero también comprensible, estimulante e incluso gratificante. Es necesario que se establezca una retroalimentación en el triángulo formado por especialistas, yacimientos y públicos. Y sobre todo es importante reivindicar que el valor y la significación de la arqueología y las actu-

aciones en los sitios tiene que contemplarse dentro de las prácticas arqueológicas y no es reducible a significación económica (Samuels, 2008). La práctica arqueológica y la gestión patrimonial no son cosas distintas, sino las dos caras de una misma moneda. Las cuatro razones señaladas son pertinentes para el caso de los sitios paleolíticos e incluso me atrevería a decir que con mayor claridad que en otras clases de sitios arqueológicos.

Por otra parte, los valores del patrimonio arqueológico se pueden organizar en cuatro tipos (Carman, 2002):

- El primero, el valor *histórico-informativo*, esto es, su capacidad para transmitir conocimiento histórico sobre el pasado. Sin duda, al menos en mi opinión, se trata del valor central o más relevante y el que, de alguna manera, da verdadero sentido a ese patrimonio.
- El segundo valor es el *estético-artístico*, patrimonios que, además, añaden una dimensión artística sobresaliente que puede llegar a hacerlos únicos o excepcionales, lo que claramente sucede con las cuevas con grafismo paleolítico más famosas.
- El tercero es el *económico-utilitario*, que representa la posibilidad de crear riqueza mediante la atracción turística cultural. Alrededor del patrimonio se genera lo que puede llegar a ser una auténtica «industria del patrimonio», algo que realmente sólo se llega a conseguir con sitios o monumentos verdaderamente excepcionales. Stonehenge no precisa grandes cuidados, está bien comunicado y su fama mundial explica por qué recibe más de un millón de visitantes anuales, pero las defensas (trincheras y bate-

- rías) de la ocupación alemana en una pequeña granja de Normandía atraen a muchos menos, pero deben ser rentables para la economía familiar que explota particularmente el sitio.
- Y, finalmente, queda el valor *asociativo-simbólico* que supone el componente añadido de estar ante un sitio que tiene fuertes connotaciones emotivas que apelan a la sensibilidad y a los sentimientos de la gente, independientemente de los otros valores. Pisar el mismo suelo de la sierra de Atapuerca por donde deambularon los grupos de *Homo antecessor* emociona a muchos visitantes, no digamos

más si pueden ver en silencio, durante unos minutos, la sala de los policromos de Altamira.

De la dificultad de presentar yacimientos paleolíticos puede dar una buena idea el caso de Atapuerca (figura 7). La visita guiada al yacimiento funciona apoyada en una serie de elementos: 1) un «rito iniciático» (la colocación de cascos por parte de los visitantes); 2) un entorno espectacular, la gran brecha del ferrocarril de Trincheras, complementada por los grandes andamios que jalonan los distintos sitios, y 3) «teatro en directo» por parte de los guías que se ayudan en sus

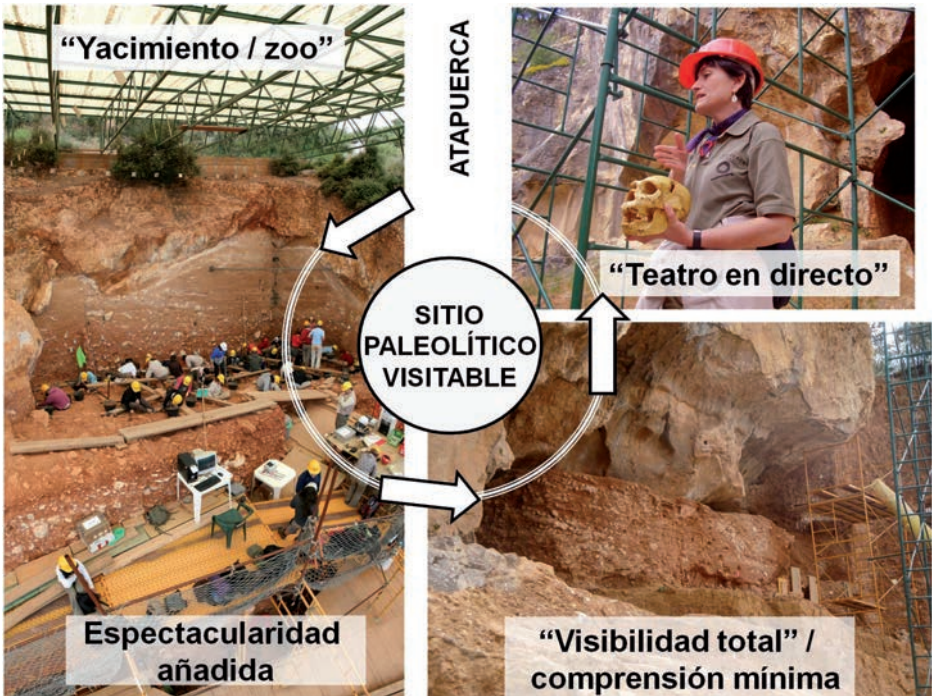


Figura 7. Atapuerca como yacimiento paleolítico visitable: algunos componentes que fortalecen su presentación pública.

explicaciones con reproducciones de fósiles, útiles líticos y láminas y dibujos. Si la visita la hicieran solo los grupos, a pesar de los paneles informativos, entenderían realmente muy poco. Paradójicamente, la visibilidad de los cortes es total, pero la capacidad de comprensión es mínima. A todo lo anterior, si se visita durante las excavaciones, habría que añadir: 4) el aspecto de «yacimiento zoo», con los numerosos excavadores realizando sus tareas, los equipos de documentación, el instrumental sofisticado, todo ello en directo, lo cual permite la oportunidad de ver como se «excava el pasado». Si le quitáramos todos esos elementos, la visita se tornaría poco menos que imposible para las personas que no son expertas en la materia.

Los puntos fuertes de cualquier presentación de sitios paleolíticos son los siguientes:

- 1) El valor de la autenticidad y la antigüedad del sitio. La evocación de que allí mismo vivieron antepasados nuestros hace muchísimo tiempo es la base de la emotividad sentida por muchas personas. De alguna forma, se trata de vivir la emoción de encontrarse en un sitio muy especial que no todos tienen la oportunidad de haber visitado.
- 2) La promoción de una visita en la que la participación personalizada sea lo más intensa posible y, al mismo tiempo, permita la autonomía de cada individuo. En todo caso, aquí estamos ante una situación que debe graduarse según los distintos tipos de público. Las tabletas digitales y las conexiones a través de teléfonos móviles tienen muchas posibilidades por delante, aunque quizá también puedan restar

algo de la «aventura romántica» que algunos visitantes buscan.

- 3) La presentación de espacios con restituciones de calidad creíbles y rigurosas al mismo tiempo, que sobre todo hagan muy visible la contextualización de los hallazgos. Si se puede conseguir que los visitantes tengan una percepción multisensorial del sitio (sonidos, olores, tacto de materiales, etc.), sin duda, la capacidad de empatía histórica será mayor.
- 4) La posibilidad de explicar de forma asequible los procesos formativos de los sitios es muy importante, porque significa desarrollar la verdadera «imaginación arqueológica» o, lo que es lo mismo, aprender a «pensar arqueológicamente»; es decir, la capacidad de pensar procesos de sedimentación, erosión y deposición, y hacerlo además con una *visión tridimensional*, desarrollando procesos visuales de sustitución espacio-temporal (figura 8). Sólo así un visitante es capaz de entender, por ejemplo, el contexto de lo que ve en la Trinchera Galería de Atapuerca.

Por último, la insistencia en el valor de los paisajes que rodean al sitio, porque es un elemento más para profundizar en la empatía histórica.

6. Reflexión final

Como el pasado no existe, es algo que sucedió y se fue para siempre («todo se olvida, todo queda atrás») no podemos revivirlo o experimentalarlo y, por tanto, no puede ser patrimonializado, conservado o legado (Asworth, 2012). Únicamente puede ser *imaginado* desde el presente

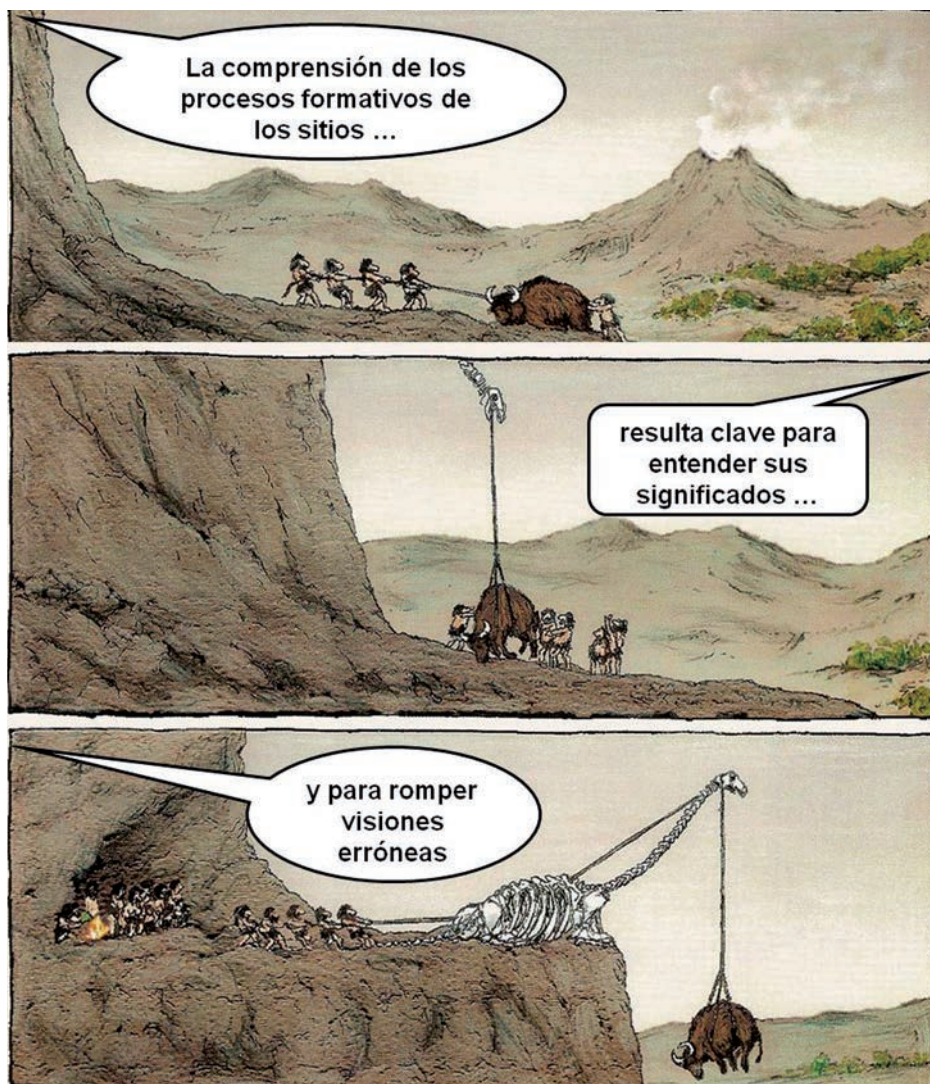


Figura 8. La comprensión de los procesos formativos de los sitios paleolíticos es difícil para las personas que no son especialistas en la materia, pero su importancia es vital para conseguir una buena percepción de la historia de cada sitio. (Viñeta de Khan en un magazine de *La Vanguardia* de 2006, con los bocadillos añadidos.)

y, en consecuencia, podemos *representarlo* —nunca reconstruirlo— a través de la materialidad recuperada y estudiada. Esa representación la hacemos de distintas maneras. Una de ellas es la (re) presentación de los propios yacimientos arqueológicos. Y ello comporta, en última instancia, una voluntad y unas decisiones políticas —en el sentido amplio de la palabra—, de forma que son las administraciones públicas con competencias en arqueología las que deciden cómo se actúa sobre los yacimientos arqueológicos (Asworth et al., 2007). De hecho, son las comunidades autónomas del Estado español las que tienen todo el control para decidir sobre el conjunto de las intervenciones, mal llamadas «de musealización de sitios». Y, de forma paradójica, normalmente, se piensa que esas actuaciones

deben quedar al margen de las tareas de investigación. Precisamente, restituir la unidad de acción y que sean los propios equipos investigadores los que diseñen los proyectos de presentación pública de los yacimientos, al menos el proyecto de partida, debe ser un objetivo deseable.

Si se percibe bien —especialmente de una manera visual— la significación de un sitio paleolítico, es más fácil que se comprenda su contenido histórico y, si se comprende su microhistoria, resultará más fácil conseguir que se sienta emoción en el sitio. Si se siente una fuerte emotividad asentada en la comprensión, ese es el mejor resultado al que puede aspirarse. Por eso, percibir, comprender y sentir, en ese orden, resumen bien la agenda de una buena presentación al público de los yacimientos paleolíticos.

Referencias bibliográficas

- AGAMBEN, G. (2010). *Signatura rerum: Sobre el método*. Barcelona: Anagrama.
- ASWORTH, G. (2012). *Transforming the past into heritage* [en línea]. <<http://docomomo.be/2012/02/12/lecture-gregory-ashworth-transforming-the-past-into-heritage/>> [Consulta: 31 enero 2013].
- ASWORTH, G.; GRAHAM, B. y TUNBRIDGE, J. (2007). *Pluralising Pasts: Heritage, Identity and Place in Multicultural Societies*. Londres: Pluto Press.
- BENJAMIN, W. (1982). «Das Passagenwerk». En: TIEDEMANN, R. y SCHWEPPEH-HÄUSER (eds.). *Gesammelte Schriften*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, V. 1. Versión en castellano: *Libro de los Pasajes*. Madrid: Akal, 2005.
- CARMAN, J. (2002). *Archaeology and Heritage: An Introduction*. Londres / Nueva York: Continuum.
- COPELAND, T. (2004). «Presenting Archaeology to the Public: Constructing insights on-site». En: MERRIMAN, N. (ed.). *Public Archaeology*. Londres: Routledge, 132-144.
- DAVIES, S.R. (2008). «Constructing Communication: Talking to scientist about Talking to the Public». *Science Communication*, 29 (4): 413-434.
- GARCÍA JAMBRINA, L. (2013). «Goytisolo en verso». *ABC Cultural*, 12 de enero.
- GIOIA, P. (2012). *La musealizzazione dei siti del Pleistocene inferiore-medio in Italia* [en línea]. <http://www.academia.edu/1882729/2012_-_La_musealizzazione_dei_siti_del_Pleistocene_inferiore-medio_in_Italia>.

- JAMESON, J.H. (1997). *Presenting archaeology to the public: digging for truths*. Lanham: AltaMira Press.
- LUCAS, G. (2012). *Understanding the Archaeological Record*. Cambridge: CUP.
- MANSILLA, A. (2004). *La divulgación del patrimonio arqueológico en Castilla y León: Un análisis de los discursos* [en línea]. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral. <<http://eprints.ucm.es/tesis/ghi/ucm-t27682.pdf>> [Consulta: 10 septiembre 2011].
- MARTÍN PIÑOL, C. (2011). *Estudio analítico descriptivo de los centros de interpretación patrimonial en España*. Barcelona: Universidad de Barcelona. Tesis doctoral.
- MASRIERA, C. (2007). *Anàlisi dels espais de presentació arqueològica de l'edat dels metalls*. Barcelona: Universidad de Barcelona. Facultad de Formación del Profesorado. Tesis doctoral inédita.
- MATERO, F.G. (2010). *Ben's House: Designing History at Franklin Court, Philadelphia* [en línea]. Universidad de Pensilvania. <http://www.archaeological.org/pdfs/sitepreservation/Matero_2010_v.6.pdf> [Consulta: 24 enero 2013].
- NIETO-GALÁN, A. (2011). *Los públicos de la ciencia: Expertos y profanos a través de la historia*. Madrid: Fundación Jorge Juan – Marcial Pons.
- NORA, P. (dir.) (1984-1992). *Les Lieux de mémoire*. 3 vols. París: Gallimard.
- PEZZO, K.A. (2010). «Universal Access for Universal Value: Creating Disabled Access at Heritage Sites for those with Mobility Impairments». *Conservation and Management of Archaeological Sites*, 12 (4): 290-323.
- RAMOS, M. y DUGANNE, D. (2000). *Exploring Public Perceptions and Attitudes about Archaeology* [en línea]. Society for American Archaeology. Harris Interactive, febrero. <<http://saa.org/Portals/0/SAA/pubedu/nrptdraft4.pdf>> [Consulta: 18 marzo 2010].
- RUIZ ZAPATERO, G. (1998). «Fragmentos del pasado: La presentación de sitios arqueológicos y la función social de la arqueología». *Actes del II Seminari Arqueologia i Ensenyament. Treballs d'Arqueologia*, 5: 7-34.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2012). «Presencia social de la arqueología y percepción pública del pasado». En: FERRER GARCÍA, C. y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (eds.). *Construcciones y usos del pasado: Patrimonio arqueológico, territorio y museos*. Valencia: Museo de Prehistoria de Valencia, 31-73.
- SAMUELS, K.L. (2008). «Value and significance in archaeology». *Archaeological Dialogues*, 15 (1): 71-97.
- SARS, F. de y CAMBE, G. (2011). *Image de l'archéologie auprès du grand public* [en línea]. Étude Ipsos / INRAP <http://www.inrap.fr/userdata/c_bloc_file/9/9636/9636_fichier_IPSOS-archeologie>.
- SILBERMAN, N.A.; CALLEBAUR, D. y KILLEBREW, A.E. (eds.) (2004). *Interpreting the Past 1: Presenting Archaeological Sites to the Public*. Bruselas: Flemish Heritage Institute.
- STONE, P.G. y PLANEL, G. (2012). *The Constructed Past: Experimental Archaeology, Education and the Public*. Londres: Routledge.
- TIMONEY, S.M. (2009). *Presenting archaeological sites to the public in Scotland* [en línea]. Universidad de Glasgow. Departamento de Arqueología. Tesis doctoral. <<http://theses.gla.ac.uk/801/>> [Consulta: 10 abril 2010].
- ZILHÃO, J. (2000). «La puesta en valor del arte rupestre del Valle del Coa (Portugal)». *Trabajos de Prehistoria*, 57 (2): 57-64.
- ZIMMERMAN, L.J. (2003). *Presenting the Past*. Walnut Creek: AltaMira Press.

